

que ha bajado la Bolsa, que gano ya doscientas mil pesetas y que mañana ganaré seguramente el millón?

CAÑ.—Pero habrá tantas víctimas...

GUT.—Claro que habrá víctimas, pero desconocidas. Y en cambio me salva a mí, que soy amigo de ustedes.

DOC.—Dice bien el señor. O es mentida la amistad o debemos alegrarnos de lo que redundará en su beneficio.

GUT.—Naturalmente. Para mí es la vida y la fortuna. ¡¡La vida también!! ¿No lo comprenden?

DOC.—Claro. Enhorabuena, Gutiérrez, enhorabuena.

GUT.—Gracias. Me voy ahora mismo a Madrid. ¿Quieren algo?

RAI.—Nada... y enhorabuena.

GUT.—Ya telefonaré... Adiós, adiós...

(Mutis).

DOC.—Adiós, grandísimo financiero... Que has estado a dos dedos de ser un grandísimo tramposo.

RAI.—Para muchos es un inmenso horror la guerra... Para éste es sencillamente una jugada.

DOC.—Matices de las cosas.

CAÑ.—¿Matices...? ¡Indignidades, señor, indignidades!

DOC.—Usted no vive en el mundo, Cañaveral.

CAÑ.—¿Pues dónde?

DOC.—En el Limbo, entrando, a mano derecha...

CAÑ.—¡Es que me repugna la farsa y la avilantez...!

DOC.—Pues váyase tranquilizando y acostumbrando, Cañaveralete, que edad ya tiene, o múde.

CAÑ.—¿Que me mude? ¿De qué?

DOC.—De casa. Vamos, de mundo...

XV

DICHOS: VIUDA y HERMANA

VIUDA.—¿Aquí ya, Doctor?

DOC.—Aquí.

VIUDA.—(Aparte al Doctor).—¿Podemos hablar...?

DOC.—Sí...

VIUDA.—Oye, Raimundo...

RAI.—Sentaos...

(Toda la escena desdeñoso y burlón).

VIUDA.—(Después de sentados todos).—Que-

remos, es decir, cumplimos el deber, de comunicarte una noticia muy dolorosa...

RAI.—¿De Rosario? Ya la sé.

HER.—Un bochorno para todos, primo Raimundo.

VIUDA.—Estas son las consecuencias de elegir mal, trayendo a una cualquiera, sin arraigo en ninguna parte, para formar con ella lo más sagrado, que es la familia y el hogar.

HER.—¡Tenía que suceder

VIUDA.—Ya lo habíamos previsto, por la clase de persona, tan poco sociable...

HER.—Y una desconocida que nadie le sabía parientes y amigas... ¡Tenía que suceder...! Ya está hecho el mal y ahora hay que remediarlo.

HER.—Comprenderás lo que nos mortifica el tener que intervenir en algo que se relacione con esa persona; pero nuestro nombre lo requiere.

VIUDA.—Y no por ella, no; por tí, por conservarte la estimación que merecías.

RAI.—¿Y que ya no merezco...? ¿Por qué?

VIUDA.—No lo preguntes siquiera. Al arrastrarse por el fango, te enfanga a tí.

RAI.—¿Por qué?

VIUDA.—Porque es tu mujer.

RAI.—¿Y si no lo fuera?

VIUDA.—Entonces, claro que no.

RAI.—Es decir, que lo ocurrido sigue ocurriendo igual; la desgracia para mí, exactamente igual; el destrozo de mi vida, igual... Pero el concepto que les merezco anda a brincos por su juicio, y unas veces estoy afrentado, y otras veces, no...

CAÑ.—Naturalmente.

RAI.—Para que yo aprecie bien el valor de la opinión ajena, supongamos que fui leal con Rosario y me casé. ¿Cae sobre mí el ridículo de su fuga?

VIUDA.—¡Claro!

CAÑ.—Evidente.

RAI.—Supongamos ahora que fui desleal y no me casé. ¿Cae sobre mí el...?

VIUDA.—No.

CAÑ.—Evidentemente que no.

RAI.—¿De modo que, portándome mal con esa mujer, quedaría con toda la estimación pública a mi favor... Y si hubiera procedido correctamente, si me hubiera casado, a estas horas estaba irremisiblemente en ridículo? Es una opinión, es una opinión... ¡que me lleva una vez más a desdeñar la opinión, porque no cabe absurdo mayor que el de admitir que yo pueda

dar afrentado por una mala acción ajena, y, en cambio, quede por honradísimo en cuanto ustedes se enteran de que la mala acción es la mía!

CAÑ.—Esas faltas, en los hombres, las juzga benévolamente la sociedad. Yo, no, ¿eh?

DOC.—Creo que divagamos en el proceloso mar de las suposiciones. La realidad es que está usted casado, y a ella hay que atenerse.

VIUDA.—¡Y salvar nuestro nombre a todo trance!

RAI.—Sí, sí; salvemos el nombre, que es la única realidad. Lo otro, el que yo tuviera, con lazos o sin lazos, una vida hecha, una ilusión y un amor, y que ahora brutalmente se deshaga... es poca cosa ante el fantasma de un apellido. ¡Salvémoslo de una vez, si queréis!

VIUDA.—Llama a Angélica.

(Mutis Hermana)

RAI.—¿Qué opina usted, doctor?...

DOC.—Nada... Pero voy a modificar el dictamen en un punto esencial, proponiendo que lo firmen los locos e indicando la conveniencia de que me encierren a mí... o a ustedes. Será lo más razonable que haya oído hoy...

RAI.—¿Para qué llamáis a Angélica?

VIUDA.—Para que resolvamos lo que se ha

de hacer, y, sobre todo, lo que se ha de decir.

CAÑ.—La verdad, y hemos acabado.

DOC.—Usted pertenece a la poesía épica, y está usted en endecasílabo perpetuo, Cañaveral.

RAI.—¿La verdad quiere usted decir? ¿Y quién le garantiza que la verdad que usted sabe y en que usted cree, sea la verdad?...

CAÑ.—Me parece a mí...

RAI.—Basta con lo que a usted le parezca, para juzgar y para sentenciar... y si acaso no es, que rectifique el sentenciado...

VIUDA.—Vamos a resolver lo nuestro, primo Raimundo. Ya sobra con el pecado; no añadamos la difamación y las hablillas...

RAI.—¿Qué quieren ustedes...?

VIUDA.—De esa persona podemos decir que se halla en un sanatorio.

DOC.—Yo lo he mandado.

CAÑ.—Eso está bien...

DOC.—Como farsa, sí, está bien.

VIUDA.—Comprenda usted, doctor, que es conveniente y prudentísimo...

DOC.—Sí, señora. Prudentísimo... y estoy dispuesto a servirles. Pero no vamos a decir una verdad, sino una mentira, y cuando todos sabe-

mos que es mentira, todos vamos a la farsa con ella.

VIUDA.—Eso sí... Pero son lícitas y necesarias cuando el fin es noble.

DOC.—Convencido. La protesta fué para salvar un escrúpulo, de esos que tiene Cañaveral en su colección... y porque me gusta saber el terreno que piso. ¿Vamos a mentir? Pues vamos. Pero yendo a la farsa, iremos como en la farsa, y cuando sea verdad...

RAI.—Vayamos también como si fuera farsa. Acertaremos muchas veces.

DOC.—Conforme. Perdonen... y sigamos con nuestro asunto.

ESCENA XVI

DICHOS: ANGÉLICA y HERMANA

VIUDA.—(A *Angélica*.)—Estamos hablando de esa persona... de la pobrecita Rosario, y puesto que la estancia en el Sanatorio ha de prolongarse mucho... desgraciadamente... conviene arreglarlo todo. ¿Cómo se llama la Casa de Salud a donde ha ido, doctor?

DOC.—De ningún modo. El primer año, lo

menos, nada de cartas ni de noticias. Tranquilidad absoluta.

VIUDA.—¡Lo lleva con un rigor!... Pero hay que obedecer si queremos conseguir algo. ¿Comprendes, *Angélica*?

ANG.—Sí, tía.

RAI.—Vamos a lo que deseáis; pero vamos, ¡¡vamos!!

VIUDA.—¿Qué has dispuesto de *Angélica*?

RAI.—(Acongojado.)—¿Dispuesto de *Angélica*?...

VIUDA.—Nosotras le ofrecemos nuestra casa, si no tienes tú designado otro lugar...

RAI.—¡Mirad que no me queda ya más que su cariño en el mundo!...

VIUDA.—No es correcto que permanezca sola contigo...

RAI.—¿Quién la respetará más que yo?

VIUDA.—No te lo niego; pero hazte cargo de que no puede ser bien mirada una intimidad así, a solas los dos...

RAI.—¿Pero es que va a ser también ella víctima de culpas ajenas?...

VIUDA.—No hay culpa de nadie, *Raimundo*. Son las circunstancias...

CAÑ.—Y los respetos sociales...

RAI.—¿Es por el qué dirán nada más, por el temor a las murmuraciones?... Ya sé lo que valen y sé con qué fundamento se lanzan. Angélica no se irá de mi lado.

VIUDA.—Fíjate bien. No te decimos que tú aprecies o desprecies ese factor de la opinión pública, escudándote en tus propósitos honrados y leales para Angélica, no; te decimos que causas un quebranto en la reputación de ellas, que le haces un daño a ella, y que el día de mañana lo sentirá ella.

HER.—Ella.

CAÑ.—Ella.

VIUDA.—No tú; ella.

DOCTOR.—Tienen razón...

RAI.—Siempre tuvieron razón los Duendes y las Brujas, desde que formaron la Sociedad para calificar como buenos a los que suben y como perversos a los que caen... ¡*Quimeras*, que espantáis a los que luchan, glorificando a los que se resignan: *Dragones*, que aprisionáis los sentimientos con fórmulas que os dieron los insensibles: *Hidras*, que ahogáis las ideas generosas o delicadas con los tentáculos del ridículo... Por mí, os abomino, por Angélica os reverencio y os acato! Lleváosla...

ANG.—(*Echándose en sus brazos*)—¡No!

RAI.—(*Apartándola cariñosamente*).—Es por tu bien... Lleváosla.

ANG.—¡No... Acuérdate! Tenía yo seis años cuando quedé sola en el mundo. Me recogiste con el propósito de buscarme un colegio y pagar la pensión. Nada más. Pronto le tomaste cariño a la mujercita aquella que no tenía sombra de nadie...

RAI.—Calla, Angélica...

ANG.—Desde entonces no has dejado un día de velar para que yo fuera lo que soy, feliz y honrada. ¿Y ahora, que me necesitas tú a mí, el tío Raimundo de mi alma no va a encontrar el apoyo y el cariño mío...?

RAI.—(*Enternecido*).—Angélica...

VIUDA.—Murmurarán de tí...

ANG.—Pero murmurarán injustamente... Y en cambio si yo lo abandonara... ¿con qué justicia no dirían que soy ingrata y desagradecida?

DOC.—Tiene razón.

ANG.—¿Me dejas quedar, tío Raimundo?

RAI.—¿Que si te dejas, preguntas? ¡Ven y que Dios te lo pague!

CAÑ.—¡Es una irreflexión...!

VIUDA.—¡Es locura!

RAI.—¡Es bondad!

DOC.—Es gratitud...

VIUDA.—Os criticarán... Pero allá vosotros.

(Cogiendo ya del brazo a la
hermana para marchar.)

RAI.—Que critiquen cuanto gusten, que yo no vivo la vida de los demás, sino la mía. Y en el resto, el que cumple con las leyes y el que guarda los respetos externos a la sociedad, no le debe nada a la ley ni a la sociedad...

TELON

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español.

María Victoria, estrenada en el teatro Español.

La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

La Divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia.

Añoranzas, estrenada en el teatro Español.

El Caballero lobo, estrenada en el teatro Español.

La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

La raza, estrenada en el teatro de la Princesa.

Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.

Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa.

El Cardenal, (en colaboración con don Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

Toninadas, estrenada en el teatro Español.

Los zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

El Conde de Valmoreda, (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara.

La Cizaña, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo, en tres actos y refundido en dos, estrenada en el teatro Español.